

EL MAESTRO ALFONSO NORIEGA

Hugo B. MARGÁIN

Cursábamos, en 1932, el último año de preparatoria en la escuela "Morelos" de los hermanos Maristas. Al iniciarse las clases, el director entró a nuestro salón acompañado de un joven maestro.

Viene conmigo —nos dijo— el licenciado Alfonso Noriega. Acaba de recibir su título de abogado en la Universidad. Él fue alumno nuestro, como ustedes ahora, y se distinguió por su inteligencia clara y su notable facultad de exposición, lo que le ganó, junto a un estudio esmerado, las más altas calificaciones. Continuó su carrera, durante la cual se destacó entre los de su grupo. Ahora vuelve a su antiguo colegio a impartir la clase de "Literatura Universal", materia de gran interés en la formación intelectual de ustedes. Les dejo al joven licenciado Noriega, quien hoy inicia su carrera de profesor. Estoy seguro de su éxito en esta nueva actividad.

Salió el director y, en medio de la expectación general, el novel maestro empezó sonriente su disertación de pie frente a nosotros. La atención del grupo concentrada en lo que nos decía, nos impidió darnos cuenta del paso del tiempo. Ese día, Alfonso Noriega nos abrió al mundo de las letras. Aún ahora, después de tantos años, recuerdo algunos de los temas de su primera plática.

La literatura, nos dijo, estudia, analiza y clasifica la expresión escrita del hombre, se ocupa de la traducción de las palabras en signos permanentes. Recuerden ustedes la suprema jerarquía de la palabra: en los Libros Sagrados se asienta "...En un principio, era el Verbo...", la voz, la palabra, demuestra la parte espiritual del hombre, su inteligencia, el alma misma de que está dotado. Con la palabra y después con la escritura, se marca la separación abismal entre el hombre y los animales, aunque en el hombre, por desgracia, habitan también los más torvos instintos de la bestia.

Concurren al acervo literario los hombres de épocas pasadas, de diversos continentes, de todos los rumbos del planeta. En la literatura

oímos las voces de las distintas razas, de las religiones y aun de las opuestas filosofías. En la literatura está la historia de la Humanidad y se nos ha legado: herencia superior a cualquiera que podamos recibir. Lo más destacado del pensamiento de la humanidad se encuentra, para quien lo quiera, al alcance de su mano siempre dispuesto a entregarse.

Si tomamos, por ejemplo, los *Diálogos*, Sócrates nos habla y debate, como si aquí estuviera entre nosotros. La *Biblia* de Juan Gutenberg, impresa en 1454, inicia los libros impresos con caracteres movibles. La *Biblia Vulgata* nació perfecta. La manuscrita de Maguncia (Mainz) inspiró la forma gótica de las letras. Se conoce también como la "Biblia de 42 líneas", la "Biblia Mazarina" y de otras distintas maneras. El saber, desde entonces, se democratizó. Para mí —dijo— la democracia cultural, gracias a los impresos, la colocó por arriba de la democracia política. La primera eleva el espíritu, la segunda fomenta las pasiones. Dante nos transporta al Medioevo. La *divina comedia* lo ilumina. El *Quijote*, consagrado como obra suprema de nuestra lengua, sale de su estudio atiborrado de libros y pasa de las ideas a la acción, con un claro afán de justicia, de "desfacer entuertos".

Entrar en el pensamiento encerrado en los libros es iniciar un viaje por el infinito, como dice Montaigne. Este viaje constituye la satisfacción más grande a la que podemos aspirar en esta vida: los invito a dar los primeros pasos. Este andar no concluirá jamás, deberá marcar la mejor de las horas de nuestros días; nadie podrá impedir nuestra delectación en la lectura. Aun en las prisiones, muchos hombres han gozado de momentos supremos, imbuídos en la lectura. La compañía de los libros les aligeró el castigo. El fruto de la lectura y la meditación nos obliga a un esfuerzo personal de superación.

Terminó su disertación el nuevo maestro, sin habernos dado cuenta del paso del tiempo. El sonido de la campana, dictadora del orden y de la disciplina, nos interrumpió. Ese día quedó, como todos los días, en el pasado, en la memoria. Siguió las excelentes exposiciones del joven maestro durante todo el año lectivo, con rigurosa puntualidad.

Noriega inició entonces su vida de maestro, que sólo la muerte pudo interrumpir. Durante 55 años, más de medio siglo, Noriega impartió su cátedra. Jamás abandonó sus obligaciones de maestro. La cátedra le dio cauce a su definida vocación. Su pasión la dirigió al derecho, a la literatura y a nuestra Universidad.

Durante el año recibimos trascendentes enseñanzas del maestro Noriega. Del *Quijote*, cumbre de nuestra literatura, desprendía múltiples enseñanzas. Como caballero andante, combatía la soberbia y

fomentaba la generosidad. Su misión primaria era la de oponerse a los atropellos. Subrayaba el maestro la importancia del concepto de justicia, base de su discurso a los galeotes. Notables enseñanzas “de un loco —decía— que enseña el camino de la razón a los cuerdos”.

Nos introdujo a la “dantología”, no sólo a la obra suprema *La divina comedia*, sino también a las llamadas menores, que para el maestro eran de gran importancia por el significado filosófico y político de actualidad, en la visión anticipada de los problemas internacionales. Contra las epidémicas guerras, proclamó la paz universal, basada en el orden universal, vigilado por una organización supranacional, esto dicho a principios del siglo XIV.

Macbeth le servía para señalar la obsesiva ansia sin límites del poder que llega al asesinato del buen Duncan. El vesánico Macbeth y su Lady quedaron marcados con las manos y la conciencia ensangrentadas, imposibles de limpiar. El problema jurídico del *Mercader de Venecia* lo manejaba con la exaltación de Porcia “la bella”. La justicia y la solidaridad se observan en *El Alcalde de Zalamea* de Calderón de la Barca y en *Fuenteovejuna* de Lope de Vega.

El Cid es un ejemplo permanente de honradez, sostenía. Cuando regresa por los arcones que dejó a los judíos burgaleses, como garantía de un préstamo, al abrirlos se vio que nada tenían de valor sino que encerraban tierra. Sin embargo, el Cid, al liquidar el adeudo, se refirió al hecho y dijo: ¡quedó soterrado en ella (la tierra) el oro de mi verdad!

El eterno femenino, problema sin fin, lo centraba el maestro en el viejo romance, que relata el viaje de una joven auxiliada por un jinete que la lleva en la grupa de su caballo. Solos en el camino, el joven la requería de amores: “Tate, tate, caballero,/ No hagáis tal villanía;/ Hija soy de un malato/ Y de una malatía;/ el hombre que a mí llegare/ Malato se tornaría.” Al llegar a París, su destino, ríe burlescamente la joven y él le pregunta el motivo. Ella contesta: “Ríome del caballero/ y de su gran cobardía./ ¡Tener la niña en el campo/ Y catarle cortesía!”. Ahí tenemos, decía, el misterio de la psicología femenina: un constante sí es, no es; la insinuación por un lado y el rechazo inmediato, hasta que el caballero sucumbe siempre.

Durante aquel año inolvidable, nos hizo leer Noriega las *Lecturas clásicas para niños*, editadas por Vasconcelos que, decía el maestro, “hacen las delicias de los grandes”. En dos espléndidos tomos reunieron, escritores destacados, lo mejor de la literatura universal. La selección va desde los Vedas hasta la biografía de héroes de nuestro

continente. El maestro, al hablar de un poema anónimo, ahí publicado, lo ponía como ejemplo de la perfección desde los orígenes del idioma español, titulado "El prisionero":

Por el mes era de mayo/ cuando hace la calor,/ cuando canta la calandria,/ y responde el ruiseñor,/ cuando los enamorados/ van a servir al amor,/ si no yo triste, cuitado/ que vivo en esta prisión,/ que ni sé cuándo es de día,/ ni cuándo las noches son,/ sino por una avecilla/ que me cantaba al albor:/ matómela un balletero;/ déle Dios mal galardón!

A nuestro grupo, destinado al estudio del derecho, el maestro Noriega insistía en la importancia de la expresión escrita del sobrio lenguaje jurídico, y para ello se refería a Gustavo Radbruch, quien sostiene la urgencia de despojar de todo adorno la literatura jurídica, con el fin de obtener su claridad.

¿Qué queda, pues, al lenguaje legislativo, después de tal poda? —escribe Radbruch—. Un criterio rigorista para los medios de expresión, una concisión estoica, que exterioriza sus sentimientos, su amor y su odio, no en palabras, sino en hechos; una sobria pobreza. Pero una pobreza voluntaria y orgullosa, la pobreza del estilo lapidario que eligió para sí mismo, y mediante el cual expresa insuperablemente la sublimidad del imperativo categórico, la conciencia, segura de sí misma, del poder del Estado.

Nos recomendaba, como juristas que pretendíamos ser, el uso del lenguaje estrictamente objetivo, sin ninguna posibilidad de anfibologías para conseguir la expresión objetiva sin desviaciones. Radbruch señala entre otros ejemplos el de Stendhal, quien antes de escribir leía, con profunda atención, algunas páginas del Código napoleónico. La literatura, decía Noriega, deben usarla en su vida profesional como una preparación a la expresión rigurosa que no puede dar motivo a interpretaciones diversas sino que la interpretación debe quedar encajonada en una sola dirección, guiada con palabras exactas y en frases ceñidas al pensamiento, que no admitan dudas. Por ello, el derecho romano en las universidades sigue viviendo.

En nuestra conducta, afirmaba Noriega, debemos obedecer el aforismo: "Nada vale fuera del derecho." Bernal Díaz del Castillo escribe sus memorias por un afán de justicia: López de Gómara atribuía, en su libro, el triunfo de la Conquista solamente a Cortés.

Bernal, en cambio, exalta el papel del soldado “y a mi juicio, decía el maestro, sale mejor la figura del Cortés real, que en el López de Gómara, deformada por el halago”.

De entre tantos ejemplos, el maestro tomaba las “Coplas a la muerte de mi padre” de Jorge Manrique, y así insistir en lo fugaz, lo efímero de los triunfos materiales. Los infantes de Aragón y todos los demás “¿qué se hicieron?”, se pregunta Manrique y, en Calderón, se describe al que manda: “. . . y este aplauso, que recibe prestado en el viento escribe. . .”. A Noriega le repugnaba la fatuidad y prepotencia de quien escala puestos superiores en la sociedad. El poder transforma, decía. Es un veneno que a unos les hace más daño que a otros. Y acuñó el nombre de una nueva enfermedad: “el importantismo”. El afligido por ese mal, que algunas veces toma proporciones de epidemia, cambia de atuendo y hasta de manera de caminar. Es altanero con sus subordinados y majadero con el público. Cuando el puesto que le sirvió para tanta hinchazón desaparece, vuelve a su tradicional mediocridad.

En la literatura predominan el arte y la belleza. Lo horrendo, cuando es necesario describirlo, tiene la misión —nos decía— de recordarnos el clima superior de la belleza, en donde nuestro ánimo se identifica, así como lo negativo lo repudia. La *Paideia* es un ejemplo de lo indispensable de rodear de belleza la educación. La propiedad del lenguaje persigue la belleza. Una prosa, siendo bella, abre el camino de la comunicación. Subyuga el orden perfecto del pensamiento expresado en hermosas frases. Lo mejor del pensamiento humano, de los genios, se ha expresado en inmortal y bella prosa. De ahí el señuelo de los clásicos griegos y los romanos, hasta nuestros días. Extraordinario fue el curso de Noriega en 1932.

En uno de sus últimos artículos titulado “Un magistral ensayo crítico sobre Lope de Vega”, publicado en *Mar Abierto* en el verano de 1985, Noriega nos deja testimonio de su vocación literaria. Se refiere en párrafos preliminares al tema: “la crítica de José María Vigil al singular Lope de Vega”, a la rápida acogida del español en nuestro medio apenas unos cuantos días después de la Conquista. Los aborígenes adoptaron inmediatamente “la viril y sonora lengua de Castilla” y al mismo tiempo, escribe, se adentraron en la literatura de la metrópoli y pronto apareció la aportación escrita de los vencidos, en unos cuantos años incorporados a la civilización europea. Se refiere en su artículo a Francisco Pimentel, quien cita al eminente Pedro de Gante, fundador de la primera escuela primaria en América; al

famoso impresor de la Nueva España, Juan Pablos y, por supuesto, al Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco. El fruto obtenido por virtud de esa educación es bien conocido desde el siglo XVI, el siglo mismo de la Conquista. Por ejemplo, participó nuestro Juan Ruiz de Alarcón en el Siglo de Oro (siglo XVI), así como otros conocidos que gozaron de fama en su época.

La Nueva España aportó en el siglo XVII la obra cumbre de Sor Juana Inés de la Cruz, prueba de la importancia del ambiente cultural propicio al desarrollo literario de la Nueva España. Además de los anteriores, Noriega menciona a escritores, poetas, pensadores y las distintas influencias en su época, muy rica en la creación escrita de notables generaciones.

Se refiere a la influencia de los Borbones en España, precedente de la moda de los "afrancesados" que, como era natural, saltó de la península a nuestro continente de habla española. El fenómeno de transculturación se produjo con más o menos fuerza en las colonias españolas de América.

Cita a quienes debemos la primera historia sistemática de México: Francisco Xavier Clavijero y otros más que bien conocía el autor del artículo, por haberlos cultivado durante su vida. Ya lo dije, el derecho, la literatura y nuestra "Almar Mater" fueron sus grandes pasiones. A Cervantes de Salazar lo destaca no sólo por su obra literaria, sino por haber sido de los primeros que enseñaron en nuestra Universidad, entonces Real y Pontificia Universidad de México.

Nos relata la ceremonia de inauguración, en diciembre de 1803, de la estatua de Carlos IV, que nosotros llamamos, no sin razón, "el Caballito". Para la solemnidad convocó el culto Beristáin, deán de la Catedral de México, a los poetas, a quienes ofreció premios exigüos; no obstante, concursaron más de 200 y se publicaron sus trabajos en recuerdo del acontecimiento, con el título de *Cuentos de las musas mexicanas*, muestra de nuestra literatura al iniciarse el siglo XIX.

Lo anterior le dio pie a Noriega para recordarnos a Balbuena, quien antes, en 1566, habló de un certamen al que concurrieron más de 300 poetas, y cita la famosa frase de González de Eslava: "Había —en la —ciudad— más poetas que estiércol." Estos concursos reflejan lo extendido de la afición literaria en aquella sociedad. Distinguidos escritores nos permitieron conservar anales de nuestra historia en sus distintos aspectos, como la obra de Francisco Ortega, de Rafael Sandoval, de José Ignacio Borunda, quienes rescataron, en el siglo XVIII, el mensaje precolombino enterrado en la arqueología.

La mayor parte de su artículo la destina a José María Vigil, autor de un magnífico trabajo escrito en 1905, presentado a la Academia Mexicana de la Lengua, con el título: *Impresiones literarias: Lope de Vega*. Primeramente, da los datos de Vigil, coautor de la notable obra *México a través de los siglos*. El estudio sobre Lope de Vega lo considera Noriega: "un excelente juicio crítico de la obra de Lope de Vega."

El recuerdo de Vigil le da oportunidad al maestro de llevarnos por un rápido paseo literario de las normas clásicas de la época de Lope de Vega, heredadas de los griegos y de los romanos, que constituían el "Trivium", esto es: retórica, gramática y dialéctica. Lope de Vega fue un innovador y rompió las estrictas reglas de la retórica, y su espontaneidad le conquistó adeptos. En sus múltiples obras, Lope de Vega habla directamente, sin obedecer las reglas establecidas, las cuales obstaculizaban, por anquilosadas, la comunicación con el público. De ahí su gran popularidad.

El estudio de Lope de Vega realizado por Vigil revela la capacidad de análisis de Noriega y, como es natural, aparece su propia manera de pensar. Elogia, como se lo merece, a Vigil y lo coloca como uno de los mejores críticos del admirable dramaturgo español, y dice al final:

Por mi parte, siempre he considerado que Lope debe ser conocido y estimado en su grandeza, como hombre y cómo no basta con ser sabio profesor, cargado de ciencia, ni tampoco un profesional de la investigación, con juicio sibilinos o simplemente ingenioso. Para entender a Lope en altura y profundidad; al Lope hombre y dramaturgo, al Lope vivo y entero la crítica sabia y profunda no basta, en mi opinión, es necesario, acercarse a Lope lo más posible, acercarse a su grandeza y es necesario para ello identificarse por lo menos un poco, con el poeta, tener un espíritu lopezco, al menos por reflejo, por reverberación.

En la frase: "...no basta con ser sabio profesor ni tampoco un profesional cargado de ciencia con juicio sibilinos...", está presente Noriega. Aunó el saber y su vasta cultura a un espíritu humano de gran comprensión para quienes tuvimos el privilegio de escucharlo en sus cátedras y tratarlo como amigo. Su docta palabra la revestía de sencillez, y para todos tuvo siempre un consejo, una orientación, en su afán de ayuda que le ganó innumerables, permanentes amigos.

Me he referido a la mañana de enero de 1932, al recordar la primera clase de Noriega y ahora con el último artículo publicado,

como ya lo dije, en *Mar Abierto*, en 1985, queda clara su pasión permanente por la literatura.

En sus cátedras de "Garantías y amparo", en nuestra Facultad de Derecho, se significó Alfonso Noriega por destacar, entre los antecedentes de las libertades públicas, no sólo las de origen sajón sino las provenientes de la península ibérica. Estaba en boga referirse en la cátedra de los derechos individuales, a la Constitución de Clarendon (1164), por virtud de la cual se separó en la Gran Bretaña lo jurídico-civil de lo eclesiástico, paso importante en la defensa del individuo, sometido a las clases que gozaban de privilegios. Se señalaba, además, la vieja carta de Enrique I (1100) y en ese orden de ideas, se estudiaba la de mayor trascendencia: la Carta Magna de 1215. Cuando se tocaba el *Habeas corpus* se hacían las referencias al derecho romano, puntualmente al "interdicto de homine libero exhibendo". Junto con los antecedentes sajones y la indudable influencia de la Revolución francesa con su Declaración Universal de los Derechos del Hombre, Noriega se refería, además, a los fueros españoles: el Fuero Viejo de Castilla, el de Aragón, el de Sobrarbe, algunos de ellos anteriores a la Carta Magna inglesa, como el de Jaén (1064), el de Calatayud (1131), el de la Alhambra (1174), y así otros. Destacaba la importancia del Privilegio General y la legislación de la alta Edad Media.

Escuchamos en su cátedra la fórmula para nombrar al rey de Aragón por sus pares: "Nosotros, que valemos tanto como tú y juntos más que tú, te hacemos Rey bajo el Justicia de Aragón." "Cuando en mi casa me estoy, Rey me soy", se solía decir en esa época, defensa suprema del hogar y del individuo.

Explicaba el conflicto entre Felipe II y su secretario Antonio Pérez, que desembocó en la huida de Pérez hacia Aragón, donde el justicia mayor, Lanuza, lo protege y lo ampara de acuerdo con la vieja legislación aragonesa. A Lanuza y la nobleza les cuesta la vida y nos dejan un ejemplo del sacrificio personal por la defensa del derecho. Más tarde, la rebelión de los comuneros en defensa de las antiguas municipalidades y ayuntamientos, al ser aplastada, marca el ocaso de las libertades individuales concedidas en los privilegios, exenciones y fueros del pasado. Se concentró el poder en la monarquía para la unidad de España; pero los antecedentes jurídicos de la metrópoli influyeron en la Nueva España.

Una breve semblanza sobre el maestro Noriega no puede dejar de tocar su extraordinario carácter alegre, de una alegría contagiosa y su

magnífica capacidad de ingenio agudo, certero y con un gran sentido de la oportunidad.

El “Chato” perteneció a varios cenáculos de intelectuales, artistas, toreros, pintores, músicos. . . De entre ellos, por ejemplo, uno fue el grupo de Manolo, dueño de “L’Escargot”, donde se unía la alegría y el ingenio de viejos amigos. Ese grupo quedó inmortalizado en una pintura de Cabral, la cual adornaba el salón principal del establecimiento.

“Los Pergaminos”, fue otro, y el Chato fue de los fundadores. La vieja guardia de “los Pergaminos” reunió lo más selecto de pintores, periodistas, intelectuales, en un ambiente bohemio donde se hacía gala de ingenio. Por el Chato me uní al grupo, del cual guardo recuerdos inolvidables.

Terminaba la Segunda Guerra Mundial —nos relató el Chato en la sobremesa— y se agudizó la época del culto a la personalidad. En la Unión Soviética se concentró alrededor de Stalin; hubo homenajes sin fin, discursos y alusiones ininterrumpidas a su victoriosa persona. La autoridad suprema del *Soviet* convocó a un concurso para erigir una estatua en honor del gran poeta Puschkin. Llovieron una serie de proyectos que pasaron a la consideración de la comisión encargada de aceptar y premiar al que se llevaría a la realidad; uno ideó a un ángel inspirando a Puschkin, al concebir el famoso poema “El prisionero del Cáucaso”. El genio, iluminado por la musa, concebía los versos inmortales. Otro se ocupaba de Puschkin en la adolescencia; Puschkin, coronado por las musas y, así, muchos otros. “¿Cuál creen ustedes que ganó el concurso?” —preguntó el Chato—. En seguida se contestó: “Ganó el concurso el proyecto de una estatua de ‘Stalin leyendo a Puschkin’, donde se ve a José Stalin sentado, de tamaño mayor que el natural, con un pequeño libro en la mano. . .”

Hablábamos, en otra reunión, de nuestro vecino del norte y los problemas de la relación bilateral. Todos habían participado en la discusión, discusión eterna entre nuestros dos pueblos. Se opinaba de la política para acelerar nuestro desarrollo, de la asistencia técnica, que acentúa aspectos de prepotencia y dependencia. El país más adelantado del mundo junto a nosotros, con nuestros ancestrales problemas. El Chato nos relató una anécdota al respecto: “Un americano turista, que mascullaba el español, se perdió cerca de Cuernavaca. Vio a un indito que pasaba al lado de su auto y le preguntó: Oye, tú, ¿dónde estar Tepozteco? No sé, señor, contestó el aludido. Oye, continuó el norteamericano, ¿por dónde ir a Cuernavaca? No sé, señor,

volvió a contestar el indito. Molesto, el turista lo increpó: Tú ser un indio muy tonto (con palabras mayores). Sí, señor, le contestó, soy muy tonto pero ni ando perdido, ni ando preguntando, y siguió su camino...". Este cuento es bueno —alguien agregó— para la relación de Latinoamérica y los Estados Unidos.

En otra reunión, recuerdo al Chato contar, de nuestra realidad, una anécdota de la Revolución: "El secretario de la Defensa Nacional —dio el nombre, que me reservo— fue interrumpido por su secretario: General: está fulano de tal que desea verlo; dice que es su amigo. Reflexionó un momento el secretario y dijo: Que pase. El amigo entró con una apariencia desastroza. ¡Pancho! ¡Qué gusto verte! —le dijo al secretario de la Defensa—. ¿Te acuerdas, mano, cuando empezamos nuestra carrera militar?: yo era teniente y tú subteniente, y mira lo que es la vida: ahora, tú eres general y secretario y yo, muy fregado como me ves, apenas coronel. Está bien —le interrumpió el general. Llamó a su secretario y le ordenó: dele dos mil pesos (de aquella época) al compañero, y se despidió. Esta escena —nos decía el Chato— se repitió cada vez que le apretaba el hambre al coronel. Un día el secretario no estaba de humor, y al volver su amigo a darle un sablazo con la cantaleta de: ¿Te acuerdas cuando yo era teniente y tú subteniente? Yo te daba órdenes y ahora tú eres general y yo amolado como me ves... El secretario no se aguantó y le espetó: ¿Qué es lo que quisieras, tú ser el secretario de la Defensa y yo el mentecato? (con palabras altisonantes)".

Se nos iban las horas escuchando al Chato. "Acababa de ir a España, durante la reconstrucción europea, después de la segunda conflagración, y se anunció por las estaciones de radio que el general Eisenhower, jefe de las fuerzas aliadas, iría a España. El locutor, enemigo de las bases alquiladas en España por Estados Unidos, dijo: 'está por llegar a Madrid el general norteamericano Eisen-joder...'"

Un día, en una de tantas reuniones, le preguntaron al Chato el origen del nombre "Los Pergaminos". El Chato improvisó y aclaró el asunto: "Por tres razones: aquí hay gente de muchos pergaminos, ganados en las más diversas actividades de la vida. Además, segundo, todos estamos entrados en edad, estamos apergaminados y, por último, si ustedes se fijan —e hizo un guiño inigualable— todos somos muy guapos, muy cueros, como los pergaminos".

"Un perro ruso —nos contó el Chato— llegó directo de Moscú a París, una vez terminada la Segunda Guerra. En los alrededores de la Ciudad Luz se encontró con un perro francés. El ruso, venía gordo,

reluciente; mientras que el parisino estaba flaco, sarnoso y decaído. Con envidia, preguntó al perro ruso: ¿Por qué estas tan gordo? ¡Ah! —contestó— porque los camaradas nos dan mucho de comer y nos bañan y nos proporcionan maravillosas perras y tenemos unas casas amplias y bonitas. . . A lo que el perro francés le preguntó: ¿Por qué entonces viniste a París, si aquí nos falta todo? ¡Ah!, camarada —contestó— porque ya me andaba por ladrar!”

Este recuento podría seguir indefinidamente. Dejo sólo unas cuantas anécdotas del formidable ingenio del Chato. Para “Los Pergaminos” siempre fue un misterio si el Chato, como decía, había oído la broma, el chiste, la anécdota o era él quien la inventaba. Yo fui de los que creía que si no todo, buena parte del muy extenso repertorio había nacido en el ingenio inagotable del Chato, que nunca lo abandonó. Ya cerca de su fin, en una comida familiar, le escuchamos, con asombrosa lucidez, las más sabrosas anécdotas sobre los acontecimientos salientes de nuestra época.

Durante la profunda crisis universitaria de nuestros días, Noriega defiende y, para ello define, los fines y el papel de nuestra casa de estudios en la sociedad.

Escribe en *Excelsior* (junio 17, 1987): “. . . la Universidad Nacional ha sido, a lo largo de su centenaria historia, la depositaria, custodio y guardián de nuestro patrimonio cultural”. En ese mismo artículo, al comentar a Díaz de Gamarra, afirma la esencia de nuestra “Alma Mater”: “. . . la libertad de pensar, derecho inherente a la naturaleza del hombre, como norma suprema de la vida de nuestra Universidad”. Y termina su magistral defensa en estos términos: “La Universidad debe ser la fuente de la cultura del pueblo del cual vive y a cuyos servicios debe estar, y en ello estriba la grandeza de su responsabilidad”.

Noriega fustigó, el 13 de agosto de 1987, en su artículo de *Excelsior*, a los estudiantes que desean vivir en la ignorancia, no obstante estar inscritos en nuestra Universidad, con el propósito de escalar sin méritos, ni preparación, lugares reservados a quienes se afanan en estudiar y no tienen miedo a los exámenes. A los primeros, les dijo en forma contundente, que son partidarios de una “Universidad sin clases”.

Hombre de recios principios morales y ajeno a cualquier acomodo turbio, agobiado por los problemas universitarios escribió en *Excelsior*, el 4 de septiembre de 1987, meses antes de su muerte, lo siguiente: “Las universidades no han podido eludir la influencia deso-

rientadora de la crisis de valores que parece ser el signo de nuestra época. . . Las universidades actuales, pienso yo, reflejan la desorientación de nuestra época; carecen de un ideario definido, de un ideal que oriente y ennoblezca la vida”.

En compensación, y más bien, en contra del deterioro que han sufrido los altos centros de estudio, propone lo que es ingente establecer y exigir, cuando dice:

... debemos pretender, pienso yo: un alto nivel académico, una clara orientación social a favor de los valores humanos y el culto por una noble, desinteresada y fecunda inspiración de servicio social y de justicia social. . . un esfuerzo racional, tenaz y perseverante, al servicio de la verdad, la libertad y la justicia.

El anterior artículo, que aún pudo leer publicado en la prensa días antes de su muerte, parece ser su testamento ideológico sobre los valores superiores a que debe aspirar nuestra máxima casa de estudios. Sus distintas intervenciones, publicadas en esos momentos trágicos, confirman el pensamiento de toda su vida como eminente maestro dedicado a la formación de numerosas generaciones de estudiantes.

Ya para morir dejó sobre su escritorio un artículo que apareció después de su fin, el 13 de enero de 1988, en el cual nos recuerda el haber estado relacionado con la Universidad durante 55 años de su vida, y nos hace una serie de reflexiones “estrictamente personales”. Describe, con verdadero conocimiento, los distintos grupos sociales que acuden a la Universidad, con la esperanza de mejorar su vida y de participar en la lucha de todos por mejorar nuestra sociedad. Nos recuerda la actitud abierta, base y origen de nuestra Universidad: “Desde el siglo XVI ingresaron en la Universidad los españoles, los hijos de los españoles, los mestizos, los indígenas, así como los negros y miembros de otras castas. . .”.

Al ocuparse del “pase automático”, más se ocupa de la competencia de nuestros estudiantes en general, deseosos de entrar a las altas esferas del pensamiento, quienes vienen, desafortunadamente, con una muy escasa preparación de las escuelas anteriores a los grados académicos universitarios, y con valor señala la incuria de los maestros, algunas veces con un alto grado de incompetencia o bien partidarios del grupo inconciente de los faltistas. Sin embargo, unos y otros, salvo contadas excepciones, dispuestos a conceder altas calificaciones no merecidas.

Deseo terminar esta semblanza recordando las frases de Alfonso Noriega en la conclusión de su postrer artículo y que es reflejo de su convicción sobre el maestro:

Para ser maestro se requiere tener vocación y aceptar ejercerla con todas sus consecuencias, incluso el sacrificio de muchos beneficios de la vida, como el descanso y la diversión y, para ello, se exige estudio, investigación, amor a la verdad y a los jóvenes que confían en su maestro.

Efectivamente, los que tuvimos el privilegio del trato con el maestro Noriega, nos consta cómo su dedicación a la enseñanza le robó horas al descanso, en una entrega total a su vocación.